

**LOS HOMBRES Y SUS MEDITACIONES
LAS IDEAS DE LA GENERACION
ESPAÑOLA DEL 98 Y
EL PENSAR ARGENTINO¹**

Blanca H. PARFAIT²

*Mas otra España nace
La España del cincel y de la maza,
Com esa eterna juventud que se hace
Del pasado macizo de la raza*

...
*Espana de la rabia y de la idea
El mañana efimero
Antonio Machado*

Tarea ardua es pensar la Argentina porque la primera figura que nos evoca es la de Proteo, el dios griego que, cuando se lo pretendía apresar, se transformaba sucesivamente en león, serpiente, pantera, agua y árbol. Esa capacidad de metamorfosearse, tan propia de nuestra tierra, hace que resista, con éxito, todo intento de clasificación, por lo que nos ha parecido

⁽¹⁾ Conferencia.

⁽²⁾ Universidad de Buenos Aires - Argentina.

oportuno, en primer lugar, hacer una comparación con España a través de algunos de sus pensadores, para poder luego, con ese bagaje, abordar nuestra circunstancia.

¿Qué es lo que lleva a los hombres a meditar sobre su destino? Porque no es si no suceso muy extraño el despertar al hecho de la existencia propia y a la conciencia de ser arrojado al mundo en determinado espacio y tiempo ¿por qué la existencia se muestra en un aquí y un ahora? ¿Por qué, en los infinitos meandros del espíritu la llama de otra posibilidad, de otra circunstancia vital aparece siempre en el horizonte de las inquietudes humanas? Las insistentes preguntas por el discurrir de nuestra vida nos acicatean con su embrujo.

La pregunta por el sentido de la vida, aquella que era el tema de la filosofía alemana de Simmel, y que indaga Heidegger, aquella que había dejado la llama viva de Kierkegaard reclamando por su individualidad, la pregunta que era motivo de hondas cavilaciones en la cercana y, a la vez, lejana Alemania, era vivida con pasión en España.

Las inquietudes vivenciales de la generación del 98, encarnada en Azorín, Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Ganivet, Machado, muestran que las antenas de la sensibilidad literaria y las de la filosofía se potenciaban mutuamente mostrando las hondas relaciones que unen el pensar filosófico con la literatura.

Tal vez sea el signo de los tiempos, de esos tiempos en los que tanto literatura cuanto filosofía se asomaban a las profundidades - como toda gran obra del espíritu- y no se habían detenido, todavía, a jugar desleídamente en las superficies o a transmutar la vida en los esquemas vacíos y muertos de los juegos lógicos.

Quisiera hoy traer al recuerdo una imagen centenaria, una pincelada que nos colorea un encuentro de dos vidas en el que salen a la luz los temas del sentido, de la vida y el lugar.

DOS JÓVENES Y SU ENCUENTRO EN MADRID

Dos jóvenes sueñan a España y no lo sospechan en esa primavera de 1891 en la que se encuentran el norte del país –en la persona de Miguel de Unamuno-, joven profesor de griego oriundo de Vizcaya, y Angel Ganivet, en cuya persona se adivinaban los aires del sur español. El norte y el sur se encuentran en el corazón de España, en Madrid, con motivo de rendir las oposiciones pertinentes a las cátedras de griego ante el tribunal que presidía don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ambos ambicionaban cátedras cercanas a sus lugares de origen, y ahí estaban, haciendo sus ejercicios (que se prolongan alrededor de un mes). Terminada la labor del día se dirigían ambos, acosados por su afán de refrescarse, a una horchatería en la que se dedicaban a tomar helados y a hablar de sus sueños y sus ensueños. Las horas se desvanecían en las charlas juveniles y Ganivet, el granadino, escuchaba pacientemente el acentuado “instinto de charla” que Unamuno confesaba poseer. La verba de don Miguel le hace partícipe del deseo de ilustrar la *Batracomiomaquia* homeriana para lo cual se ha provisto de ranas a las que estudia anatómicamente y dibuja una y otra vez. Unamuno y el dibujo de las ranas quedarán grabados en el recuerdo de Ganivet y resistirán el paso de los años. Por el momento deben separarse pues, si bien Unamuno recibió su cátedra en Salamanca, no le sucedió lo mismo a Ganivet. Se despiden, pues, y se pierden sus rastros..... Pero el destino tiene sus vueltas y., al cabo de cinco años, en 1896, lee Unamuno un artículo de Ganivet, le escribe entusiasmado y se inicia una correspondencia plena de ideas fecundas

¿Cuáles son los temas sobre los que departen? Pues España y sus hombres, todo aquello, en fin, que puede llevarles a responder las inconscientes preguntas que guardaban en sí desde siempre.

El *Idearum* de Ganivet muestra la lectura de su tierra hecha por el hombre producto de la mezcla de razas y en el que conviven los minaretes y las cruces, las imágenes y las piedras afiligradas, los naranjos y las fuentes. La vida que canta y la celda en la que se purgan los pecados; luces y sombras han mecido a Ganivet y, en las aguas unidas de las razas, ha pensado el sentido de su existencia. Es la España africana la que describe como propia, la celtífera profunda es la que anhela y desea liberarla del oportunismo de los llamados "intelectuales". Lanza para ellos una frase que es, sin duda, premonitoria "en presencia de la ruina espiritual de España hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos".¹ Frase visceral, arrancado desde lo mas profundo de sí. Ganivet, antiguo molinero, nos señala que "las ideas deben ser semejantes a las ruedas del molino que, sin cambiar de sitio, dan harina y, con ella el pan que nos nutre...pero deben ser ideas redondas y no ideas picudas, que son las que da España, proyectiles ciegos que no se sabe adónde van y van siempre a hacer daño".²

Sueña con la hermandad española, pero aquella que conserve las diferencias, aquella en la que se acepte el pensamiento del otro. La España de sus sueños consiste en enlazar las ideas diferentes por la concordia y las opuestas por la tolerancia, pues sólo el cambio de ideas traerá aparejado la transformación de la organización social. El idealista Ganivet, el hombre mezclado, acepta lo diferente, pero busca el elemento común que, como río subterráneo, le muestre el agua donde abreviar. Ama las diferencias que son las distintas modulaciones del fondo único que late en España. No es ya el reformista joven que, como todos los de esa edad reforman a su antojo y ganas, sino que se ha transformado en

⁽¹⁾ Miguel de Unamuno, *Obras completas*, tomo IV, Madrid, Afrodísio Aguado (por concesión especial, Vergara, Barcelona), 1958. p. 959.

⁽²⁾ Idem, p. 971-2.

el adulto que admite haber cambiado sus ideas; pues "para algo es hombre y no piedra".

Busca Ganivet la verdadera España ¡cómo le duele España!

Para Unamuno el fondo de España es el fondo cristiano y está, sostiene en ese momento, representado por el personaje de Alonso Quijano, el cuerdo, y no por el loco de don Quijote. Cree en la moralidad de España, sin moros, sin romanos, sin fenicios ni godos. Mas la idea no convence a Ganivet quien reclama sus raíces ya que sin ellas "tal vez no le queden mas que las piernas (y exclama), me mata Ud. sin querer, amigo Unamuno". Es Ganivet la España que ha padecido las fusiones de mil sangres y sostiene que no es ella la que debe demarcar, sino que toda demarcación sólo es válida si se sostiene por el espíritu y el idioma y que, por ello, hay que mirar a la América española.

Unamuno atravesaba por aquel entonces su fase spenceriana y le entusiasmaban las fábricas que se levantaban en su país, defendía su absoluta necesidad y afirmaba el desarrollo sostenido de la economía como base para el despegue de España. El idealista Ganivet sostiene que no solo la religión sino también el arte y la ciencia en general deben estar "mas altas que ese bienestar económico en que hoy se cifra la civilización".³

Unamuno piensa que la historia " da razón a los cuatro que gritan y nada dice de los cuarenta mil que callan" y ella es la responsable de la deformación de las ideas en España al insistir en el cruce de las razas, pues éstas solo representan débiles capas de aluvión sobre "densa roca viva". "Hay -sostiene- un fondo espiritual puro, a pesar de las invasiones, que está en los hechos ubhistóricos que permanecen y van estratificándose en profundas capas".⁴

Idem, p.1012.

Idem, p. 990.

España soñada por los literatos, entrevista por el sueño de la pluma. El dardo clavado en el corazón de ambos hace que, soñando a España, también la hagan. Sueñan sus propias visiones, las de la España posible, las de la España ideal, hasta que la muerte querida por mano propia acaece en Angel Ganivet y el sueño de España queda huérfano de una de sus voces. Se apaga aquel que tiene alma de nardo- como había cantado Machado- "vida y muerte sueño son/ y todo el mundo sueña/ sueño es la vida del hombre/ sueño es la muerte en la piedra...yo doy mi vida de hombre por soñar, muerto en la piedra".⁵

Las influencias entre los pensadores son difíciles de precisar, mas lo cierto es que va cambiando Unamuno sus ideas, va dejando atrás su primitivo spencerismo y se vuelca a lo espiritual. La España de sus ensueños lo persigue rondándolo y la evoca constantemente en su tristeza de hombre sin suelo, en su exilio, y le hace decir que "lo que el pueblo español necesita es aprender a pensar y sentir por sí mismo y no por delegación, y sobre todo, tener un sentimiento y un ideal acerca de la vida y su valor".⁶

La apelación al sí mismo, a la interioridad, son temas caros a la filosofía de la existencia. El alejamiento necesario del impersonal- que extiende sus garras, hoy, por todo el orbe- no hace si no mostrar la sintonía de ideas que hay entre el pensar filosófico de la vida y la filosofía unamuniana.

La idea unamuniana de la vida es la que le hace exclamar, con su acostumbrada fuerza, el querer ser español, no europeo ni moderno. Lo celtíbero es su afán y su deseo. Es la España que surge en las costumbres populares, en el paisaje de sus tierras, la que se descubre no en las batallas sino en los cantos, no la que copia las actitudes de todos, sino la auténtica que se expresa en los cuadros

⁽⁵⁾ Antonio Machado, *Poesías*.

⁽⁶⁾ Citado por Lain Entralgo en *La generación del 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1959, 4ª. edic. p. 134.

de Goya y de Velázquez. Clama por la España subterránea, por la vida de la intrahistoria, no la de la historia a secas, la de los hechos superficiales que no dejan huellas en lo profundo del país; le interesa el hombre de todos los días y las acciones cotidianas, pues de ellas surgen lo que cada uno desea, aspira y piensa y son el manantial del camino en el que afluye lo español. Dicho sea de paso, sus afirmaciones no tienen pretensión de nacionalismo, sino que son un intento de traer a la superficie lo oculto del hombre total. Este es el que mirándose a sí mismo descubre la humanidad, y se asombra de su hallazgo. Busca Unamuno el núcleo virginal donde se esconde lo propio de España, lo íntimo de esas tierras pobres, "tan pobres que tienen alma"⁷ y en esas tierras surgirá el hombre nuevo, al que ahora sueña don Miguel de Unamuno ya vestido con el ropaje de don Quijote. Si, don Miguel ha olvidado a Alonso Quijano y rescatado la locura de don Quijote.

Busca Unamuno reflejar el alma de su pueblo y tiene su propia alma para ello. Indaga por la esencia metafísica de España que ha dado como resultado el Quijote que, por sus locuras, vive de manera mística y medieval, y que, por esa vida, pelea, por esas ideas que son su Dulcinea, lucha. Combate por la gloria de vivir y sobrevivir, comprende que otros pueblos han vivido y luchado por las instituciones, pero los españoles, afirma Unamuno, han dejado a los demás pueblos su propia alma que es la que los muestra luchando por los imposibles.

En el quijotismo se afianza España y no en Sancho Panza que es quien procura aceptar la vida tal cual como los otros le dicen que es y a la que él, dócilmente, siempre asiente. En la locura de don Quijote se atisba otro mundo que es finalmente el de la vida eterna, alegre siempre de sí misma.

El quijotismo es el ideal del hombre agónico unamuniano que combate siempre por seguir adelante, sin temerle a nada ni

⁽⁷⁾ A. Machado, *Las tierras de Alvargonzález*, La casa, II.

a nadie. Lleva consigo su triste figura y aspira a conseguir que el mundo sea como él lo siente y, por ende, como debe ser, no como lo quiere la ciencia ni la razón. Ante la razón pone el corazón, ante el pensar el desear, ante el contemplar, el luchar. Lucha siempre por ese anhelo de inmortalidad del hombre nuevo que, sabe, no se cumplirá, "que será eternamente futuro para mejor conservar su idealidad preciosa, que es la que nos vivifica".⁸

Héctor Murena y el pensar argentino

La generación del 98 pensó su tierra y sus hombres, y los pensó metafísicamente. También, así, oteando lo absoluto, medita sobre la mía otro literato metafísico en cuyo rostro asomaban dos mundos, enigmático rostro en el que sobresalían dos oscurísimos ojos llenos de lo inconmensurable y que se contraponían fuertemente con la impresión que causaban la presencia de su nariz y boca, casi primitivas. Extraño rostro fue el de Héctor A. Murena, tanto como fue extraña su muerte. Como cuando en los días finales del estío la vida recobra su fuerza maravillosa y lucha incansablemente contra el tapiz amarillo que se avecina y los árboles dan sus últimos frutos antes de desmelenarse con los vientos del otoño, así con ese ímpetu vital, desbordado su espíritu por las fuerzas demoníacas y presintiendo el absoluto, vivió sus últimos tiempos. Y, como si presintiera desde mucho antes su solitaria muerte así lo cantó: "He caminado por las calles/ de esta ciudad cerrada/ como si hubiera vuelto/ por muy poco tiempo/ de una interminable guerra, / de la que nadie aquí habla/...pero sintiendo crecer en mí, un tenaz vino de vida/ y agradeciendo / que nadie saliera a tocarme las heridas/ a consolarme/ de esta guerra contra la soledad/ que en nosotros se consuma".⁹

⁽⁸⁾ Laín Entralgo, *op.cit.*, p.211.

⁽⁹⁾ Héctor A. Murena, "La guerra".

También él pensó en la paradójica circunstancia de haber nacido en estos lares y se preguntó con grave voz inquisidora, por su sentido.

En *El pecado original de América* va exponiendo, como si pensase en voz alta o dialogara consigo mismo, sus ideas sobre el hombre y su entorno. Expone su tesis de que “el sentimiento de vivir en América significa estar gravado por un segundo pecado original”.¹⁰

Así como el cuerpo con el que nacemos nos distingue y personifica, también lo hace, en su medida, el lugar de nacimiento. No es éste un simple hecho natural, sino que la tierra y los otros junto a los cuales estamos forman un entramado en cuyo centro crecemos y morimos. La ligazón con la tierra se nos hace presente al viajar ya que el lugar al que llegamos no es nunca lo que soñamos porque no estamos como el hombre en su tierra, nos faltan los lazos originales y no los podemos crear de nuevo. Cuando la historia quiere interpretar los hechos como naturales, rebaja también al hombre a esa condición. Advierte Murena “algún día el hombre comprenderá que los hechos son símbolo de lo sobrenatural y eso lo llevará a contemplarse como ser sobrenatural y a cumplir el sobrenatural destino que en su alma lleva misteriosamente inscripto”.¹¹

Es el destino que se expresa también en lo geográfico y en lo histórico, en esa infinita diversidad del espíritu que, siendo universal, se modula de diferentes formas en cada pueblo y, de manera tan inefable como “el rostro de cada criatura”

Considera que América es un escándalo histórico pues no se ha ido historiando como otros pueblos sino que ha ido sumando historias y culturas, ha ido acumulando el espíritu de otras tierras en “camino paralelos a razas en fusión y en trance de extinción, lastrando de otros espíritus el espíritu de la tierra en la que se

⁽¹⁰⁾ Héctor A. Murena, *El pecado original de América*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965, p.156.

⁽¹¹⁾ Idem, p. 166.

asentaron. El espíritu que traían carecía de tierra en la cual germinar y la tierra que recibía- a los inmigrantes que a ella se acercaban -, no estaba preparada, no estaba cultivada para que germinara el lento trabajo de la cultura. El choque era inevitable, de ahí lo sobrecogedor de sus experiencias, lo difícil de sus vidas y lo dramático del arraigo.

Mas el espíritu comenzó su marcha cumpliendo el mandato de Dios de que cada pueblo guarda para sí-un modo especial de cumplirse lo divino.

DOS ARQUETIPOS

La articulación del estigma sudamericano se patentiza en dos arquetipos que adquieren en América particular idiosincracia.

El primero es el que admite que hubiera preferido no nacer en estas tierras, el que tiene el espíritu en Europa y que oscila entre el mundo ideal, al que añora, a veces sin conocerlo, y el real que es su base, al que denigra y rechaza. Lucha con la realidad, y vive en constante represión de sí mismo. Se ampara en la cultura europea sobre la cual arma sus bases y expresa que hay que cambiar todo en el país para que éste pueda ser como él desea que sea, queriendo otro país, no éste que tiene, y llega a desear la intrusión de una potencia extranjera para que ordene su tierra y termine con los problemas. Se atrinchera en sus ideas, no lee las obras de sus compatriotas "mas que por obligación o por azar porque... toda enseñanza de parte de un compatriota significaría atarse a una tradición, y lo que la tradición trae es la tierra, la realidad y él está atado a sus ideas y es revolucionario"...¹² con veinte años de retraso. Acumula citas, pero no puede pensar porque le falta su sustancia, su ligazón a la verdad, el fondo formado por la historia de la tierra. La cultura es solamente una convención, un mecanismo, porque él interpreta todo lo que sucede según el esquema de ideas europeo.

¹² Idem, p. 186.

Piensa que él es el comienzo de todo, y lo que desea es no afirmar el espíritu de su tierra sino negarlo.

El segundo arquetipo es el del “fanático” que se une a las oscuras formas de la tierra y de la sangre” pero no con la fortaleza que nutre, sino con la complicidad en la que él sacrifica su parte de hombre a fin de que esas fuerzas le den las máscaras para defenderse”.¹³ La tierra no le pertenece, no le da sus fuerzas nutricias sino que se embandera en ellas en lo superficial y todo es folklórico. Ha aprendido que la mejor forma de igualar consiste en arrasar con lo superior. Está atado a la realidad de la tierra, pero sin su espíritu y se anula a sí mismo. Se transforma en parte de la tierra y “asume su silencio” pero tiene, tal vez por ello, un magnetismo especial con los que lo rodean de modo tal que se convierte en miembro de la masa o en explotador de ella, y busca la quietud cultural, el estancamiento para que el espíritu no florezca. Escribe para el pueblo, con lo que quiere significar que se dirige a los sectores no cultos, y no piensa que “al pueblo hay que darle no convencionalismos sino ideas superiores que lo obliguen a realizar el esfuerzo que lo llevará a superarse”.¹⁴

Estos dos arquetipos humanos - en los que no nos costaría ningún esfuerzo reconocer rasgos de nuestros contemporáneos- son tipos humanos negadores y niegan por exceso y por defecto la americanización del espíritu. Tienen ellos “mala disposición”, categoría espiritual a priori con la que se enfrentan a su propia realidad, a la que pretenden reformar o rechazar. Su mala disposición les impide ver.

Los arquetipos, nos lo ha enseñado Platón, no existen en esta realidad sensible tal como los pensamos, pero todos los hombres tienen alguna faceta de ellos. Excepcionalmente se unen en una amalgama feliz y son, entonces, aquellos que efectúan las

¹³ Idem, p. 180.

¹⁴ Idem, p. 194.

grandes obras de América, a los que debemos mirar para iniciar nuestro camino.

Esas obras, grandes en su soledad, nos hablan también de la soledad del creador en América, en la que debe trabajar sin la resonancia de su medio, debe crear en su aislamiento, debe traspasar los frutos jugosos de la tierra y esperar. Su savia baja a las profundidades, se enraíza en ellas y sólo así su obra se vuelve tradición, espejo de nosotros mismos, reflejo en el que nos alumbramos. Llama Murena intelectualización al hacer positivo que se sumerge en la raíz de la tierra y nos aclara que “hablamos aquí de intelecto como de esa actitud típica de la criatura humana que le ha permitido -a diferencia del animal que vive fundido, en éxtasis con su mundo -, interponer una distancia anímica entre él y la realidad que lo circunda, estatuir respecto al mundo una perspectiva que lo capacita para adueñarse cognoscitivamente de éste - para convertirlo en objeto de conocimiento del cual él es el sujeto”.¹⁵

Así como el hombre primitivo pudo distanciarse del mundo en cuanto lo convirtió en objeto, también así el hombre “intelectual” ve por primera vez la tierra sin prejuicios, puede objetivarla y tomar conciencia de ella e interpone una distancia entre él y su objeto, funda la cultura.

El americano es el hombre dotado de esa estructura, de esa objetividad para quien repentinamente se ha reiterado el colapso de descubrirse arrojado por una causa inescrutable en el mundo en bruto, de descubrirse otra vez en medio del silencio originario”.¹⁶

Ese mundo se ha transformado porque es como si hubiera perdido su carne, su sustancia, y debiera encarnarse otra vez, su carnadura es la que debe hacerse, pero no encuentra

⁽¹⁵⁾ Idem, p. 191.

⁽¹⁶⁾ Idem, p. 193.

el hombre argentino nada delante de sí porque el mundo se ha transobjetivado, ha desaparecido, no está delante de sí sino que está detrás, como un supuesto que no lo abandona.

Es ésta la relación que llama transobjetividad, con lo que quiere significar no sólo que el mundo está como un supuesto, como aquello que hemos visto, y, desengañados o engañados por nuestras miradas prejuiciosas, hemos dejado de lado, sino que el espíritu transobjetivo es "inconsciente y sus manifestaciones consisten en destrucciones y deformaciones del espíritu objetivo", es decir, de las instituciones que fundan la cultura y hacen el espacio espiritual en el que habitamos, por eso lo observamos siempre como negatividades.

El mundo se le presenta, al hombre argentino, como algo sin interés porque la carga que representa ha sido demasiado pesada y, por serlo, no ha podido fundar en él la cultura objetiva. Sólo puede, con desdén, ignorarlo y lo hace con la mirada puesta en un horizonte ulterior; se dirige, pues, a lo que no existe, a lo mágico y, en consecuencia las obras no reflejan el mundo, son abstractas porque les falta el anclaje. El mundo se ha diluido, convertido en puro dato.

Lo transobjetivo es un "campo de acción de fuerzas metafísicas", en donde todo adquiere una dimensión única y sobrenatural. En lo transobjetivo aparece el destino, y solamente avistándolo, puede el hombre lanzar una mirada nueva sobre los objetos porque, en el fondo, solamente en ese momento los comienza a ver, como si surgieran de la nada primigenia. La intuición transobjetiva se manifiesta en las brumas como fatalidad, "el horizonte donde Dios se preanuncia".

Una ojeada a la ciencia, al arte y a las comunicaciones humanas nos aclarará el panorama.

El hombre fáustico de Occidente considera el saber, la ciencia, como el apoderarse del objeto del mundo. Para el americano no existe nada que "pueda ser calificado como ciencia o interés científico" y aunque existan aspiraciones aisladas no encuentran

estímulos en su tierra para florecer. Tienen la persuasión de saberlo todo y “cuando optan por practicar disciplinas que exigen un saber real los sobrecoge la sensación de que no saben nada, y así apelan a una erudición excesiva, a un fatigoso manejo de autoridades que en el fondo nunca terminan de asimilar ..., el saber no les interesa y, en el fondo, no lo entienden”.¹⁷ Pero este no entender hace que se inclinen a la técnica como recurso y la descarguen de la espiritualidad que debe tener por lo que el problema que enfrentan es el de la lucha entre la omnipotencia de los elementos técnicos y su propia libertad.

En el arte los dos arquetipos que hemos mencionado se inclinan por la vanguardia porque no pueden aplicar la comprensión objetiva de su mundo y entonces quieren negarlo o intentan un folklorismo con el que mientras proyectan resucitar culturas, las matan nuevamente. El arte no ha hallado aún sus propias formas y, tal vez por esta razón, apunta a lo abstracto. Si mencionamos, por ejemplo, el mundo como paisaje, vemos que cobra dimensión sobrehumana o de mero dato como en las obras de Borges que son un “ininterrumpido discurso acerca de las impalpables fuerzas que gobiernan lo mundano”, en tanto que los personajes de Mallea se agitan en una zona en la que sus sombras hacen destacar sobre todo, más que lo que tocan y lo que hacen, la intolerable luz de la fatalidad”.¹⁸

En las relaciones interhumanas advierte Murena que el hombre no dialoga, porque no reconoce al otro como otro sino que habla sobre lo que podríamos llamar elementos comunes de la vida diaria, ya sea de negocios o de política o de deporte, donde se supone siempre que el otro es el oidor del monólogo que cada uno hace para sí. Y su monólogo versa siempre sobre un desmesurado afán de riqueza.

(17) Idem, p. 198.

(18) Idem, p. 204.

El hombre argentino se descubre en soledad e intenta una nueva sociabilidad. El hombre transobjetivo se piensa como un absoluto y cuando debe sumergirse en el dominio de lo relativo, por ejemplo, de la política como aplicación de un modo de pensar, lo tilda de "sucio", es decir, de mundano, y entra en ella para conseguir un provecho personal o la convierte en lucha religiosa con la que, apasionadamente, decide convertirse en el salvador de la patria y, al hacerlo, divide al país en facciones.

En el plano de la música encontramos un elemento más de la soledad con la que se manifiesta el espíritu transobjetivo y es "la orgullosa y sentimental aceptación de dicho aislamiento, que con todas sus implicancias aparece nítidamente en el tango".¹⁹

Otra señal de la transobjetivación la constituye el "sobrepasamiento de todas las formas del culto "...¿no se ha apresurado América a vanagloriarse de que en sus tierra regía la mas amplia libertad de cultos? Esto no es forma de respeto supremo hacia todos los cultos sino índice de una sintomática indiferencia hacia todos los cultos que es lo único que permite anteponer la superficial libertad política a las hondas convicciones religiosas".²⁰

Todas las formas culturales solo son posibles sobre un fondo de creencia, de fe que las sostiene, sobre un absoluto que establece las referencias. América no lo tiene, no tiene nombre para su absoluto, no tiene palabras para designar la unión que fructifica y, si bien " ni dios ni los animales necesitan de nombres... la criatura humana no puede existir sin ellos".²¹

Transobjetivo, mala disposición e intelectualización son distintos aspectos del mismo fenómeno, al que le podemos poner un nombre. Por ahora ese nombre es fatalidad. Un día será otra la palabra.

(19) Idem, p. 221.

(20) Idem, p. 218.

(21) Idem, p. 222.

Tal vez debamos realizar una metáfora, un ir más allá tal como lo indica la tradición hermética – tan cara a Murena-, que señala que es necesario morir y renacer muchas veces en el curso de la vida para poder espiritualizarse. Recuerda que existía en París, a principios del siglo pasado, en la calle Le Regrattier “un nicho en el que se veía la estatua de una mujer decapitada que tenía en la mano un vaso y a cuyo pie había una leyenda que decía “Todo le sirve”. En el vaso está el vino de la sabiduría, la mujer está decapitada para indicar que se ha separado el alma del cuerpo. El alma, luz blanquísima, ha dejado al cuerpo que es su tumba, en el estado de *nigredo*, *nigrum nigro nigrius*, negro más negro que el negro, pero la leyenda indica que lo negro debe espiritualizarse, la negra materia – esa casi nada- debe poder volverse luz para ser condición de una obra.²²

Toda obra, todo aquello que se manifiesta, debe cumplir su ciclo de transformación y por ello entendemos que podemos ensayar otra palabra y avistamos destino, pero, ¿cambiar fatalidad por destino no es ir por el mismo camino?. Pensamos que no si entendemos destino como el pensamiento y acción comunes a todos los hombres del país, si somos capaces de escribir nuestra historia como la historia de una comunidad pensante que no se deja arrastrar por las veleidades del momento, si somos capaces de vivir aquello que deseamos para todos y no solamente para nosotros mismos, si nos atrevemos a soñar y a tener el coraje de cumplir nuestros sueños sin importarnos aquello que dejamos atrás.

Creo que esto es lo que nos falta: el coraje de soñar en común y el arrojo para volver realidad lo que todavía no es.

Es a esta tarea que los convoco, que es lo mismo que llamarlos a realizar una comunidad que es sinónimo de país.

⁽²²⁾ Héctor A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1973, pp.50/1.

Porque lo que éste es, es solamente el resultado de las pequeñas acciones de cada uno, todos los días.

Nos falta la creencia de que cada una de nuestras acciones es importante, porque solamente imbuídos de esta carga, como si fuera sagrada y con ese espíritu, podremos salir adelante.

Si nos falta la creencia en un destino común no podremos escribir nuestra humilde página en el proceso histórico. Debemos tener presente que la escritura, que es una metáfora de nuestro trabajo, se destaca como las letras negras sobre el blanco papel que es el país, que es el que nos posibilita ser lo que somos, si lo dejamos de lado y atendemos a las letras negras que somos cada uno de nosotros, no escribiremos porque no habrá fondo que lo permita, seremos solamente un enorme borrón histórico.

Creamos en la página en blanco, confiemos en nuestras propias fuerzas superadoras de la adversidad que será sólo momentánea si es que no esperamos la salvación por obra de otro sino por nosotros mismos, y así nos alejaremos de la conspiración de los mediocres.

Los griegos, que algo sabían de adversidades y restricciones confiaron en un lema "ser siempre el mejor y mantenerse en ello", ésa fue la fe que los sostuvo y los hizo ser lo que fueron. A eso los insto, al sereno trabajo sobre nosotros mismos, en el puesto que cada uno tiene, aquél que el dios le ha dado. Los comprometo a convertir el trabajo en misión, a adquirir la fe que nos falta.

Ése será el momento en que fatalidad podrá trocarse en la palabra país, pues los procesos históricos no se decantan en la impaciencia, sino que siguen su propio curso. Alentados por esa fe, llevados por esa inquietud tal vez comprendamos que la reconstrucción es posible, que esa impaciencia vital es la que subterráneamente va sosteniendo, hilando, la trama final. Tal vez hayamos nacido en tiempos de trama y no de urdimbre acabada, ese desencuentro es nuestro estigma pero bien puede convertir nuestro camino en tarea incitante.

Las potencialidades de nuestra patria deben hacernos persistir en nuestras actitudes de búsqueda, de afincamiento, de real encuentro de nosotros mismos, porque solamente haciéndolo podemos sentir la alegría de ser hombres y el mandato divino de dibujarle nuestro rostro a la humanidad.